Shutdown

an Anita Blake Story by

Laurell K. Hamilton

Esta historia es para todos mis lectores que hayan sido afectados por la política actual del la SNAFU —y para cualquier otra persona que pueda necesitar disfrutar de una historia libre en estos tiempos difíciles.

“Shutdown” estará disponible de forma gratuita durante el tiempo que dure el cierre del gobierno. Una vez que el gobierno vuelva a funcionar, la historia corta ya no estará disponible en línea, al menos no hasta que mi editor y yo descubramos qué es lo que queremos hacer con ella. Pero por el momento, mientras todos nos preguntamos cómo llegó a este punto, aquí está la historia corta de Anita Blake, presentando a nuestro hombre lobo favorito de chico malo, sí, me refiero a Richard Zeeman. Oye, te lo he estado diciendo, ha estado trabajando en su terapia: sigue leyendo para ver los resultados que hacen que trabajar duro y ser lo suficientemente valiente como para ser todo tu ser pueda atraparte.



Laurell K. Hamilton

Shutdown

Anita Blake, cazavampiros - 22,75

ePub r1.0
Nadie 19.09.18

Título original: *Shutdown*
Laurell K. Hamilton, 2013
Traducción «NO OFICIAL»

Editor digital: Nadie
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Esta traducción fue realizada por un grupo de personas que de manera altruista y sin ningún ánimo de lucro dedica su tiempo a traducir, corregir y diseñar libros de fantásticos escritores. Nuestra única intención es darlos a conocer a nivel internacional y entre la gente de habla hispana, animando siempre a los lectores a comprarlos en físico para apoyar a sus autores favoritos.

El siguiente material no pertenece a ninguna editorial, y al estar realizado por aficionados y amantes de la literatura puede contener errores. Esperamos que disfrute la lectura.



¿Alguna vez has tenido que cenar con el novio de tu amante?

También era la primera vez para mí. Había cuatro de nosotros en la cena, pero solo uno de nosotros era nuevo para la mitad de la mesa. La Doctora Ellen Radborne era como de mi estatura, 5´3, con su abundante cabello largo y moreno sobre los hombros que podía haber pensado que era negro, pero mi pelo era negro, así que sabía que el de ella era solo de color marrón oscuro. Sus ojos eran castaños, como los míos, aunque otra vez, los míos eran un poco más oscuros. Tenía un bronceado claro por el verano, casi blanco para mi piel excepto que entonces mi piel nunca se bronceaba, solo se quemaba, y luego volvía a estar pálida. Tenía curvas, quizás no tantas en el pecho como yo, pero ningún hombre a quien le gustaran los pechos se quejaría de que carecía de ellos. Estaba en forma, aunque no tanto como yo, pero dudo que ella lo necesitara para golpear el peso y el cardio tan fuerte en su trabajo como lo hacía yo en el mío.

Habíamos charlado entre los pedidos de la comida, comiendo, y finalmente pedimos café y té. No había tenido que soportar esta pequeña charla en años. Habíamos aprendido mucho los unos de los otros, pero a menos que estuviéramos buscando una cita, no veía el

punto.

Ella enseñaba biología en la universidad, y seguía con el trabajo de campo de la investigación en los veranos. Me recordaba a las dos últimas novias serias que él había tenido. Desde luego tenían un tipo, como si solo los nombres cambiaran para las mujeres de pelo corto y oscuro. Había dormido con una gran variedad, pero en citas serias siempre eran mujeres como nosotros. Le gustaba hacer acampada, observar pájaros, senderismo, espeleología, escalada y todo tipo de cosas al aire libre. En una ocasión, yo había disfrutado de todo eso, pero mi trabajo como Marshall de los Estados Unidos para la rama preternatural no me dejaba mucho espacio para las aficiones.

Mi tiempo en el gimnasio era más serio, porque mi vida podía depender de cómo de rápido podía correr, cómo de duro podía golpear y cómo de difícil podía ser. Probablemente la Doctora Radborne no tenía que preocuparse por nada de eso. Eso significaba que yo podía echarla un pulso, pero probablemente ella tenía un horario de trabajo más razonable.

Nos sentábamos unos frente a los otros sonriendo, pero sus ojos estaban un poco inseguros y yo estaba intentando con gran esfuerzo no hacer que mis ojos se vieran vacíos. La mayoría de las mujeres tenían esos ojos que eran demasiado neutrales, como ariscos. Los hombres entendían que a veces no querías sonreír, pero no eran locos, mientras las mujeres esperaban que otras mujeres fueran agradables, y si no lo eres, piensan que no te gustan. Hay muchas razones por las que la mayoría de mis amigos son hombres.

Lo único que me salvó de este fracaso de almuerzo del sábado fue que no estábamos solos, aunque de algún modo eso también lo hacía más incómodo. Yo aún estaba feliz de tener una mano para mantener a mi lado de la mesa mientras ella colgaba el brazo de su prometido a través de la mesa frente a nosotros.

El nosotros éramos Micah Callahan, que era de la misma altura que la buena doctora y yo. Era el único hombre con quien siempre había tenido citas que emparejaba con mi altura. Micah llevaba una camiseta verde bosque que en realidad estaba hecha de seda, lo cual siempre parecía erróneo para una camiseta, pero ya que también le hacía suave como un pétalo y se veía fabulosa en él no me quejaba. Esto hacía que el borde verde alrededor de sus iris fuera más

vibrantes, y el círculo amarillo en la parte exterior más dorado, por lo que sus ojos eran incluso más hermosos insertados en el delicado triángulo de su cara de piel oscura. Aún tenía su bronceado de verano que tenía cada año por correr en nada más que pantalones cortos, así que estaba moreno y sus ojos eran como joyas en una belleza casi femenina de su rostro. La camiseta también se ajustaba en cada curva de la parte superior de su cuerpo, mostrando hasta qué punto estaba su músculo ahí debajo. Tenía los hombros anchos para su tamaño, y un bonito pecho que bajaba a una cintura tan delgada que podíamos compartir algunos de nuestros vaqueros, pero en muchas ropas él solo se veía delicado, porque luchaba por cada gramo de músculo que conseguía en el gimnasio, o en la pista, lo que no ocurría en el hombre sentado al lado de la Doctora Ellen Radborne.

Richard Zeeman medía 6 pies 1 pulgada y siempre había sido musculoso con facilidad, y se notaba en sus anchos hombros, el pecho impresionante, y el oleaje de sus brazos contra su propia camiseta de algodón, que era también de color verde bosque. No se me había ocurrido coordinar lo que los chicos llevaban. La Dra. Ellen había pedido a Richard que me preguntara lo que llevaría puesto, por lo que había tenido que pensar en ello más de lo que normalmente lo haría para un sábado. Le había dicho pantalones vaqueros y una camisa con botas, porque era otoño. Llevaba unos vaqueros negros ajustados metidos en unas botas muy bonitas, y una camisa de seda a juego con la Micah excepto por el color —la mía era roja, que combinaba con mi barra de labios y resaltaba el patrón de llamas en mis botas. Las botas eran muy divertidas, y pensé que iba a necesitar un poco de diversión para el almuerzo. Había estado bien, pero Ellen había usado jeans más comunes metidos en elegantes botas de vaquero marrones y una camisa de botones de vestir en un azul que complementaba con los pantalones vaqueros más que su tono de piel, o al menos, esa era mi opinión, que me guardé para mí. Pero era lamentable que los hombres llevaran camisas casi idénticas, y que ambos tuvieran su bronceado de verano y se vieran fabulosos en ellos. Micah se veía mejor en la suya, pero eran los ojos. Los ojos de Richard eran de un profundo marrón chocolate con leche, incluso encantadores, pero que no podían competir con los ojos de leopardo de Micah. Ambos estaban

vistiendo pantalones vaqueros, Micah en negro, Richard en azul, por lo que cada vez más nos coordinábamos con nuestra otra mitad. Micah llevaba zapatos de diseño de cuero negro por lo que con mis tacones de tres pulgadas, era más alta que él, pero a él nunca le importó, estaba seguro en cualquier forma. Richard estaba usando botas de color marrón, que eran unos de sus tipos favoritos de zapatos para los fines de semana.

El pelo de Richard caía en ondas espumosas de color marrón con reflejos dorados, y con suficiente luz solar sabía que tenía tintes de rojo cobrizo en él, por lo que decir que tenía el pelo castaño nunca le hacía justicia. El pelo de Micah era rizado, no ondulado, y normalmente lo llevaba en una cola de caballo o una trenza de algún tipo, pero como este almuerzo se suponía que era para ayudar a la Dra. Ellen a comprender que tenía a otros hombres deliciosos en mi vida y no tenía necesidad de robarle a Richard, Micah se había dejado el pelo suelto sobre los hombros para que sus rizos castaños marrón profundo se arrastraran a mitad de su espalda. Mi pelo era de la misma longitud, y me di cuenta, extrañamente, que tanto el pelo de Richard como el pelo de la Dra. Ellen llegaba un poco más allá de sus hombros. Dicen que después de un tiempo las parejas comienzan a parecerse.

Ella le dio al brazo de Richard un pequeño apretón adicional donde su brazo se deslizaba a través del suyo, y luego se sentó de manera más derecha en su propia silla.

—Bueno, esto es más difícil de lo que pensé que sería, —dijo ella.

—Es tan difícil como pensé que sería, —dije.

Micah me apretó la mano por debajo de la mesa, una oferta en silencio para jugar bien. Sonreí más duro, e hice lo que pude para empujarla hacia mis ojos.

—Lo siento, forcé esto en todos nosotros, — dijo, y se veía realmente incómoda. Suspiré.

—Lo siento, Ellen, sólo quería decir que la señorita modales no cubre esto, y no sé qué decir tampoco.

Ella me sonrió un poco insegura, pero asintió, y tomó la mano de Richard a través del mantel blanco de la mesa.

—¿Comprendes por qué quería reunirme?

Me encogí de hombros, porque no podía pensar en nada bueno

que decir. La agenda de Richard para las reuniones en el almuerzo había sido para tranquilizar a su reciente prometida de que tenía a otros hombres en mi vida, así que no intentaría robarle de nuevo y mantenerle todo para mí. ¿Por qué me sentía que debíamos a Richard este almuerzo? Él no era un ex amante, sino un amante actual, y Ellen lo sabía, así que socialmente torpe ni siquiera comenzaba a cubrir el pequeño evento de hoy.

Intenté tomar un sorbo del café delante de mí, pero solo el olor me hizo volver a dejarlo. Extraño, pero olía amargo. Micah no había tocado el suyo tampoco; quizás no era solo el mío. Richard y Ellen ambos habían pedido diferentes tipos de té caliente, aunque tampoco estaban bebiendo. Creo que todos habíamos pedido simplemente para tener una excusa para quedarnos en la mesa más tiempo sin las quejas del camarero.

Micah dijo, — Querías algún consuelo.

—Sí, —dijo ella, sonriéndole y pareciendo aliviada, entonces su mirada volvió a mí, —aunque no estoy segura de que termine consolada.

Sabía con ese pequeño parpadeo de ojo que me veía demasiado buena, bastante bien vestida, y ella había terminado con esa cosas de chicas dónde te intercambias al ex, y ella no se sentía como si estuviera ganando. Esto no era tanto mi problema; yo no había pedido almorzar, la había dicho lo que llevaría. No era como si me hubiera mostrado en un traje de diseño después de decirla que llevaría vaqueros. No era culpa mía que vistiera más mis vaqueros que ella.

Miré a Richard a través de la mesa, y esperé a que él pudiera leer mi expresión, porque no iba a luchar para enfadarme. Micah comenzó a frotar su pulgar sobre el dorso de mi mano dónde la sujetaba en mi muslo. Se inclinó y posó un gentil beso en mi mejilla. Eso me hizo soltar un suspiro que había estado sujetando e intenté aligerar la tensión en mis hombros.

Richard abrazó a Ellen hacia él.

—Ellen, cariño, puedes ver que Anita y Micah son una pareja. ¿Qué más quieres para tranquilizarte?

—¿Honestamente? —preguntó ella.

—Eso sería bueno, —dije.

Micah suspiró, —Fácil.

Ellen me dio una mirada no completamente amistosa y dijo, —Que no te sientes ahí viéndote fabulosamente hermosa y hacerme sentir como un patito feo para tu cisne.

—No sé qué decir a eso, —dije, y miré primero a Micah y luego a Richard para una prueba, una insinuación, algo.

Richard giró esa apuesta cara hacia ella, y dijo, — Tú eres hermosa, Ellen, lo sabes. Ella sacudió su cabeza.

—Yo soy bonita, pero no soy... —Ella ondeó la mano vagamente en mi dirección, —... así.

Suspiré y miré a Micah por algo de ayuda. Él dijo en voz alta lo que estaba pensando.

—Ella no te creerá.

—¿Qué no creeré? —preguntó Ellen.

—Adelante, —dijo él, y movió su mano hacia mi muslo, lo cual a veces era más relajante para ambos que sujetar la mano. Él mantuvo su otra mano a través de mis hombros.

—No soy más bonita que tú, —dije.

Ella me dio una mirada de absoluto desprecio.

—De una mujer a otra, no me mientas.

—Ellen, ella no está mintiendo, —dijo Richard.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó, y se soltó de su mano.

—¿Qué tan honesta quieres que sea? —pregunté.

—No lo sé, —dijo Micah.

—No seas brutal, —dijo Richard.

—Honesta, —dijo ella.

—Con el maquillaje adecuado y un azul que tuviera más tonos de joya te verías tan bien como yo.

—Oh, gracias, ¿te vas a ofrecer a llevarme de compras junto a darme lecciones de maquillaje? —Su voz estaba llena de desprecio.

—Dios no, pero los amigos que me dieron lecciones me enseñaron a no tener miedo del color y del pintalabios rojo brillante, porque se veía bien en mí y sobre ellos. Te vistes como yo lo hacía hace un par de años, más sometida, pero tu color es lo suficientemente parecido al mío y necesitas más color, eso es todo.

—Una camisa y el pintalabios diferente, no va a hacer que me vea tan exótica como tú.

Parpadeé hacia ella.

—Yo no soy exótica.

—La falsa modestia es irritante para el resto de nosotros, Anita. Dices que no eres exótica y hermosa, y crees que yo tengo que verme fea en comparación.

—Anita tiene problemas para verse a sí misma tan hermosa, —dijo Micah.

—No, yo no le debo esa historia, —dije.

Ellen miró a Micah, y luego a mí. Yo la miré. Estaba a punto de dejar de ser amable.

—¿Cómo hacemos el punto sin eso? — preguntó Micah, y así era él, tenía su ojo en el objetivo, que consistía en hacer que se sienta tranquila. Él estaba más orientado hacia los objetivos de lo que yo alguna vez estaría, y no por él, más bien por el hecho de que nuestro pequeño grupo social estaba realmente funcionando mejor de lo que nunca había hecho, lo intentaría. Dios me ayude, pero lo intentaría.

—La primera vez que empecé a salir con Richard pensaba que era demasiado guapo para mí. Era el tipo de chico que me hacía sentir incómoda en la escuela secundaria, y que asumí que nunca me miraría dos veces.

Miró a Richard y le sonrió, fue una buena sonrisa.

—Él es increíble.

—Sí, lo es, y me hizo sentir incómoda al principio por dedicarme tanta atención.

— ¿Por qué? —preguntó.

—Él es demasiado guapo, —dije.

—Nunca se puede ser demasiado guapo, —dijo sonriéndole. Él le devolvió la sonrisa. Estábamos haciendo progresos.

—Richard fue el comienzo para que comprendiera que yo era atractiva, porque si los hombres hermosos quería salir conmigo la lógica dictaba que tenía que ser lo suficientemente atractiva como para hacer que quisieran salir conmigo. —Suspiré, incluso para mí sonaba enrevesado como si estuviera torturando a la lógica en lugar de hacer un punto.

—Toda mujer sabe lo atractiva que es, está arraigado en nosotras desde la infancia.

—No, si una de las personas que te crían te dice que no eres guapa como una niña pequeña, y no si tu padre se vuelve a casar con alguien que pasa su infancia diciendo a la gente,"No, no es mía,

es de su primer matrimonio. Su madre era mexicana." — Hice mi mejor imitación de mi madrastra, Judith.

—¿Tu madrastra dijo eso? — preguntó Ellen.

—Constantemente.

—¿Tu padre la detuvo?

—Nunca lo dijo frente a él. En realidad, fue mi hermanastra, Andrea, quien se lo dijo a mi padre cuando teníamos doce años. Ella y yo no nos tratábamos mucho, pero al parecer estaba avergonzada de que su madre fuera así... lo que sea, pero me dejó sentirme demasiado bajita, demasiado oscura, no demasiado alta, ni rubia ni nórdica como todos los demás en la familia.

—¿No veías a tu madre parte del tiempo?

—Ella murió cuando yo tenía ocho años, y cuando era más joven parecía que ella misma se había clonado a excepción del tono de la piel de mi padre. Parecía una maldición no poder broncearse. Tal vez por eso mi madrastra era tan odiosa, porque era un recordatorio constante del primer amor de mi padre. Infiernos, no lo sé. Una de las cosas que aprendí en la terapia es que se puede trabajar en tus propios problemas, y en curar el daño que te hicieron, pero no puedes entender por qué la gente que te hace daño hizo lo que hizo. Eso está en su cabeza, en su corazón.

Ellen me miró.

—¡Qué cosa tan horrible que hacerle a un niño! Lo siento mucho.

—No lo dije por simpatía, lo dije para tratar de explicar que me cuesta verme. Micah es hermoso y me ama, Richard me amaba y es magnífico, y tengo otros hombres en mi vida que son increíbles, así que, como he dicho, la lógica dicta que si la gente guapa sigue queriendo salir conmigo, entonces no puedo ser fea.

—Pero todavía no te sientes hermosa, — dijo en voz baja.

—A veces, —dije.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Quieres decir que, qué piensas que los dos son bastante guapos, porque no crees que eres hermosa?

—Algo por el estilo.

Tomó un poco de aire, lo dejó escapar lentamente, y dijo, —Lamento que me molestara y te hiciera sentir como si tuvieras que compartir esa historia.

Me encogí de hombros, porque, yo también.

Richard dijo, —Gracias. —Parecía demasiado simpático. Yo no quería su compasión en estos momentos.

Micah me besó suavemente para no llevarse demasiado de mi pintalabios rojo. Me hizo sonreír al ver la línea roja en sus labios.

—La línea más rápida, —dijo en voz baja.

—¿El qué? —preguntó Ellen.

—La línea más rápida, — dije, —es el nombre que le puso Nathaniel a la línea de pintalabios cuando los beso.

—Nathaniel es el otro... —Parecía demasiado perdida para las palabras.

—Novio funciona bien, —dije. No añadí que era la frase que utilizaba para amigos vainilla que no entendían nuestro estilo de vida alternativo y realmente no querían hacerlo.

—Así que, ¿Micah es tú...? —Otra vez se detuvo para buscar la palabra correcta.

—Está bien, Ellen, — dijo Micah. —El vocabulario del poliamor es difícil, incluso para nosotros.

—Sé que el poliamor significa amar a mucha gente, pero más allá de eso no lo entiendo muy bien, —dijo.

—Si estoy en un evento social donde no lo sabe la mayoría de la gente, entonces presento a Micah y a Nathaniel como mis novios, todo lo demás parece confundir a la gente. Si estamos en un lugar donde entienden lo que es el poliamor, o al menos que no es solo vainilla, entonces Micah es mi pareja, y Nathaniel es nuestro tercero.

—¿Qué significa eso?

—Por lo general, significa que es el tercer socio en la convivencia, —dijo Micah.

—¿Cómo presentas a Nathaniel y a Anita? —preguntó a Micah.

—Mi novia y nuestro novio, o pareja y nuestro tercero, según el caso.

—Entonces, ¿cómo presentas a Richard? —preguntó.

Micah y yo nos miramos el uno al otro. Él me dio una larga mirada, haciéndome saber que era mi pelota para golpear. Genial.

—Micah no tiene ninguna relación con Richard, realmente. Richard nunca me llevará a un evento social vainilla como su novia, por lo que no es un problema. En un evento más poli o fetiche, si

nos sentimos obligados a decir algo, supongo, que diría que es mi superior.

Ellen se volvió hacia Richard.

—¿Cómo presentas a Anita?

—Como mi subordinada, o sumisa.

Negué con la cabeza.

—Yo no soy tu sumisa, estoy de acuerdo con subordinada, pero no soy sumisa de nadie.

Richard luchó por no fruncir el ceño y casi tuvo éxito.

—Yo podría argumentar lo que vosotros sois para otras personas, pero está bien.

Ellen nos vigilaba de cerca.

—Bueno, ¿por qué aceptas una cosa y no la otra Anita? ¿Cuál es la diferencia entre subordinada y sumisa?

—Para mí, —dije, tratando de no fruncirle el ceño a Richard, —subordinada es alguien que se entrega o que quiere ser dominado, en el dormitorio, o en la mazmorra, pero fuera de eso son dominantes y tienen el control.

—Esa no es una respuesta completa, Anita. Algunas personas que son muy dominantes en todos los demás aspectos de su vida son sumisos en el calabozo y en el dormitorio, y aun así están bien con los términos y dicen que tienen una posición dominante.

—Yo no, porque me puede gustar ser dominada físicamente, pero nadie domina mi voluntad o la fuerza de mi personalidad. Para mí, una sumisa es algo más que ser dominado físicamente; se trata de renunciar a tu voluntad por la otra persona y dejar que te controle más completamente, —dije.

—Creo que lo que dejas a Asher hacer contigo es sumiso, —dijo Richard.

—No estoy de acuerdo y ya que yo soy la que queda atada, es asunto mío.

—No entiendo cómo alguno de los dos puede dejar que un vampiro lo toque, pero Asher es sumiso con Richard, así que ¿cómo puede también ser dominante, o superior, para Anita? Si vosotros dos ni siquiera podéis poneros de acuerdo, ¿entonces cómo entenderé esto? —preguntó Ellen.

No sabía qué decir a su observación sobre los vampiros, así que lo dejé pasar.

—Es complicado, —dijo Micah con una sonrisa y en un intento de aliviar su malestar. Él estaba ignorando el comentario de los vampiros, también. Tomaríamos el laberinto vuelta por vuelta, supongo.

Me sentía incómoda, demasiado, pero si era "hacer esto o renunciar a Richard" como parte de nuestro grupo social, pasaría por ello. Richard había trabajado duro en su terapia para llegar a un lugar donde pudiera admitir lo que le hacía feliz, todo lo que le hacía feliz, y tratar de encontrar una manera de incorporar todo eso en su vida. Había encontrado a la mujer con la que quería tener la cerca blanca del matrimonio, pero además quería mantener el pico de la puerta con metal negro. No estaba segura de que pudiera tener una cerca blanca con una puerta gótica, pero bueno, no era mi vida. Yo era sólo una pequeña parte de la vida de Richard, tal y como él era una pequeña parte de la mía ahora.

—Y estoy totalmente perdida por eso que Richard dice sobre que Asher es su sumiso, pero que también es superior a Anita, y Richard es superior a ella, también. Richard dice que Asher es su sumiso, pero que Anita es lo más bajo. ¿Cómo podéis tener más de uno cada uno?

—¿Puedo? —preguntó Micah. Richard y yo dijimos, —Sí.

Micah le sonrió a Ellen.

—En primer lugar, Asher y Anita son intercambiadores, lo que significa que cambian entre estar arriba y abajo, pero es más complicado que eso, me temo. Asher da casi todo el control a Richard en la mazmorra/dormitorio. Él quiere ser dominado en todos los sentidos. Anita sólo quiere que Richard la domine físicamente con su fuerza superior, así que ella piensa en ello como simplemente lo más bajo.

—Pero Richard dice que ella deja a Asher hacerle mucho más que sólo usar su fuerza. Asher... bueno... —Parecía sumamente incómoda.

—Él me ata y me hace cosas nefastas, —dije.

Ellen asintió.

—Sí, eso. —Se sonrojó.

Desde que solía ruborizarme en un abrir y cerrar de ojos, simpatizaba.

—Yo sostengo que no es lo que una persona disfruta en el

dormitorio, o mazmorra, lo que los hace sumisos, si no la mentalidad que conlleva eso.

—Tú vas tan lejos dentro de la mentalidad sumisa como lo hace Asher algunas veces, —dijo Richard.

—¿Qué es la mentalidad sumisa? —preguntó ella.

De pronto me desesperé al no poder explicar nunca lo suficiente. Era como explicar el color a un ciego: ellos aceptan que existe tal cosa como el color, pero no tienen ninguna base para entender que es una realidad. O has disfrutado de estar atada, o no, y si es no simplemente no vas a entenderlo nunca.

Micah acarició mi muslo con la mano libre, como si hubiera sentido un poco de mi frustración.

—Yo personalmente no entiendo eso por mí mismo, —dijo él, —pero he visto a Anita hacerlo. Sus ojos, su rostro, los cambios del lenguaje corporal. Es como si algo de la tensión que sujeta en otra parte de su vida la dejara, excepto en el dormitorio, o en la mazmorra.

—Richard me dijo que no es realmente una mazmorra.

En realidad nosotros si teníamos acceso a una mazmorra real en el Circo de los Malditos, pero no podía obligarme a usarla para diversión. Había visto a amigos encadenados en el lugar para una verdadera tortura cuando los vampiros malos habían estado a cargo de las cosas. Sabía que Richard había tomado ahí a Asher para la diversión y los juegos, pero a petición mía Nathaniel no podía ir con Asher a jugar sin mí. Aún tengo pesadillas sobre un amigo muriéndose encadenado a una de las paredes, y Nathaniel ahí por cualquier cosa estaba demasiado cerca a ese recuerdo.

Micah sonrió suavemente.

—Es solo un término para el lado *Bondage* de las cosas que van más allá del sexo rudo. —Todos acordamos no enturbiar el asunto al mencionar que teníamos una verdadera mazmorra.

Ella hizo un mueca, creo que por el término "sexo rudo." Una vez más no era una buena señal. ¿Qué tan vainilla era la Dra. Ellen Radborne? El pensamiento de Richard casándose con alguien que pensaba que la frese "sexo rudo" era vergonzoso, o malo, de alguna manera, me hizo sentirme triste por él. Sabía que Richard era capaz de disfrutar haciendo el amor gentilmente, pero estaba tan bien dotado que había un elemento de rudeza en la mayoría de su sexo.

¿Cómo puedes disfrutar del sexo con él sino te gusta un poco rudo? O tal vez, ¿Cómo Richard podrá disfrutarlo si a ella no le gusta un poco rudo? Me perecía triste. ¿Por qué se estaba haciendo esto a sí mismo?

Algo de lo que pensaba debió haberse mostrado porque Richard me miró. Me quedé viendo ese hermoso rostro con esos pómulos perfectos, altos, y el rostro de un modelo masculino, y pensé, que él debería ser capaz de tener a casi cualquier persona que quisiera, ¿por qué Ellen?

—Ellen está dispuesta a intentarlo y dejarme conservaros a ti, a Asher, y a Jean-Claude en mi vida, Anita. Eso es un montón.

Asentí con la cabeza.

—Sí, lo es, —sonaba cansado incluso para mí mientras lo decía.

Micah me abrazó, colocando su cara junto a la mía. Me acurruqué en el calor del contacto de piel con piel, a veces incluso el tacto a través de la ropa no era suficiente. Mis manos encontraron la suya y una mano se deslizó por su brazo hasta que estuvimos medio-abrazados.

—Richard explicó que el exceso de tocar en público es un signo de estrés, o la necesidad de consuelo entre licántropos. ¿Qué ha pasado ahora para estresarte, Anita?

Abrí los ojos cuando me acurruqué contra el calor y el pulso del cuello de Micah. La miré, y no podía haber sido un aspecto totalmente amigable, porque sus ojos se abrieron solo un poco. Cambié la mirada más alta para Richard, y dije, —¿Qué quieres que te diga, Richard?

—Ellen, cariño, —dijo él, con la mano en la suya, —eso no es excesiva exhibición pública de afecto para Anita y Micah.

Ellen se volvió y lo miró con los ojos amplios.

—Me estás tomando el pelo.

Richard negó con la cabeza y la miró al mismo tiempo, de manera que su pelo cayó hacia delante y me ocultó la mayor parte de su rostro.

Ellen lo miró durante unos segundos y luego se volvió hacia nosotros con una mirada casi de horror en su rostro. No tenía ni idea de lo que habíamos hecho para ganarnos esa mirada.

Micah se sentó un poco más erguido, haciendo más de un brazo estándar a través de los hombros medio abrazando con la otra mano

simplemente manteniendo la mía en la mesa. Me senté más erguida, también, aunque parte de mí quería hacer algo aún más cerca y personal solo para que Ellen tuviera una verdadera razón para verse sorprendida, pero no era una niña, y éste era el problema de Richard, no el mío. Como uno de nuestros vampiros más nuevos, que era originario de Polonia, diría, *'Nie Moj Cyrk, Nie Moje Malpy'*. —No es mi circo, no son mis monos'.

Por supuesto, el hecho de que todavía era mi amante, y seguía con Jean-Claude, y Asher, quería decir que de una manera seguía siendo parte de nuestro circo y él, por lo menos era todavía nuestro mono, pero Ellen no.

Desafortunadamente, una cosa que había aprendido acerca de ser poli es que sólo porque no estás teniendo relaciones sexuales con alguien no significa que no puedan arruinarlo todo, el amante de cada uno puede afectar el lado emocional de las cosas y Ellen tenía toda la pinta de ser un dolor de culo poli emocional para todos.

Decidí ir por la verdad. No sabía qué otra cosa hacer, además nuestras vidas estaban funcionando y eso era demasiado importante como para joderla por no ser honesta.

—¿Qué hicimos hace un momento que te molestó, Ellen? —pregunté. Micah me abrazó un poco más fuerte, como si estuviera en alerta.

Le eché un vistazo.

—No podemos evitar los problemas con ella si no sabemos lo que le molesta en el primer lugar. —Miré a Ellen, y traté de buscar ayuda, preguntando, esperando.

Ella miró a Richard.

—Anita tiene un punto, si no sabemos lo que la pone ansiosa, no podemos evitarlo. Ella nos miró de uno a otro.

—Yo... yo... era tan... íntimo. Tomados de la mano, besándoos, abrazándoos, sentados cerca, y frotando vuestras caras contra el cuello del otro. La forma en que tu mano sigue desapareciendo debajo de la mesa y puedo ver tu mano moverse, Anita.

—Estoy palmeando su muslo, Ellen, eso es todo. Mi mano puede estar cerca de si ingle, pero nunca haría eso sentada en público y mucho menos en una situación en la que estoy tratando de ayudarle a convencerte de que todo esto es de alguna manera normal y

aceptable. Eso sería grosero y estúpido. Estoy tratando de no ser lo primero, y no soy lo segundo si puedo evitarlo.

Ella se sonrojó.

—Lo siento… Lo siento mucho. —Ella se puso de pie.

Richard le tomó la mano.

—Ellen, por favor.

—No, Richard, ella está intentando deliberadamente hacerme sentir estúpida y grosera, y solo… No puedo hacer esto.

—Por el amor de Dios, Ellen, si tú no nos dices lo que te molesta no podemos arreglarlo, —dije.

Ella negó con la cabeza.

—Pensé que podía hacer esto, Richard, realmente lo pensé. Pensé que conocer a Anita y verla con otra persona a quien ama me haría sentir más segura de todo esto, pero no es así. Esto no ayuda en absoluto.

—Ellen, por favor vuelve a sentarte y habla con nosotros, —dijo Richard. Todavía tenía su mano en la suya.

Ella apartó la mano de él durante un momento y luego, cuando lo miró, su rostro se suavizó.

Viendo cuan delicioso era siempre me hizo difícil estar enfadada con él, también, o lo había hecho una vez. Estar enamorada de alguien les da mucho peso adicional. Finalmente, ella le dejó devolverla a su silla con facilidad.

Nos miró; sus ojos estaban brillando con lágrimas no derramadas, pero su voz era tranquila cuando salió.

—Pensé que podía hacer esto, pero no creo que pueda. Te quiero, y tú eres todo lo que quiero, todo lo que quiero, Richard. Estaba dispuesta a creer que necesitabas cosas más ásperas en la habitación que con las que yo estaba a gusto, así que pensé que podía aceptar tu necesidad de alguien para eso y para el *bondage*, pero ahora que la veo tienes que dejar de mentirme, Richard. No estás interesado en ser áspero, o necesitas *bondage*, es a ella. Quieres mantenerla en tu cama, y eso es todo. —La primera lágrima gruesa comenzó a bajar por su mejilla.

Micah me abrazó más fuerte, y dijo, —Confía en mí, Ellen, es sexo duro lo que hacen juntos. Más duro que cualquier cosa que me guste. Acepto que Anita necesita algunas cosas en la habitación que yo no quiero hacer.

Ella lo miró y de nuevo había ese horror suave en su cara.

—Tú has visto…

—No, —dijo él, con firmeza, —pero he visto las marcas en su cuerpo después. Anita y Richard no son una pareja en la forma en que tú y Richard lo sois, Ellen. Él te ama, está enamorado de ti, al igual que yo estoy enamorado de Anita.

—Marcas, —dijo Ellen en voz baja, —¿Qué tipo de marcas? Micah miró a Richard.

—No creo que esa sea mi pregunta para responderla. Richard la abrazó y dijo, —Moretones algunas veces. Ella parecía herida.

—¿Tú la golpeas?

—No, —dijimos él y yo juntos.

—Nunca dejaría que nadie me golpeara, Ellen, —dije.

—Entonces no lo entiendo, —dijo mirando de uno a otro de nosotros.

Miré a Richard, porque me lastimé al luchar enfrentado mi fuerza contra la suya. Yo no combatía tan duro como puedo, y él tampoco. No queríamos hacernos daño de verdad el uno al otro, pero me gustaba ver lo lejos que podíamos empujar a veces nuestras pequeñas fantasías de violación. Pero no había forma de que dijera la frase "fantasía de violación" frente a Ellen. Eso o salía de Richard, o de nadie, además, sinceramente, todavía me avergonzaba un poco. Parecía muy antifeminista disfrutar siendo dominado en el dormitorio, pero bajo las circunstancias adecuadas, y las personas adecuadas me encantaba. Estaba cansada de fingir acerca de las cosas que me hacían feliz en la vida, y había decidido que prefería ser feliz.

—Nunca le permitiría ni a Richard, ni a ningún hombre ese tipo de abuso, —dijo ella.

—No soy una víctima de abuso, Ellen. No soy una víctima en nada. Soy dueña de mi sexualidad en todos los sentidos, y he tomado la iniciativa con algunos de los hombres de mi vida. No soy solo yo la que está en el extremo receptor de la violencia.

—¿Abusaste de algunos hombres?

—No es abuso. —Estaba enfadada y trataba de no estarlo.

—Le haces daño a los demás. ¿Cómo eso no es abuso? —preguntó.

—Esta es mi sexualidad, es lo que me hace feliz. Que digas que

eso es un abuso es un insulto, sería lo mismo que yo te dijera que tu idea del sexo es aburrido.

—¿Cómo sabes que ese tipo de sexo me gusta? —Ella miró a Richard.

—Yo no le he dicho nada a nadie sobre nuestra vida sexual, —dijo.

—Estoy asumiendo algunas cosas de tu reacción, Ellen, eso es todo. Espero que me equivoque por tu bien y el de Richard.

—¿Equivocada sobre qué? —preguntó ella.

—Tú idea sobre el sexo.

Ella se retorció en su asiento, y no quería encontrarse con los ojos de nadie.

—No es de tu incumbencia.

Eso fue todo para mí.

—Te sientas ahí y pides que te contemos cosas íntimas sobre nuestra vida sexual, nuestras relaciones, pero no compartes nada. Tú te avergüenzas, y ¿por qué no podemos avergonzarnos nosotros, también?

Ella me miró sorprendida.

—Sólo pensé...

—Pensaste que, solo porque nos gusta el sexo pervertido no podemos avergonzarnos.

Ella miró a Richard, y luego a mí.

—Supongo que asumí que si eras tan abierta no te molestaría hablar de ello.

—¿Qué no me molesta hablar con mis amores, sino con alguien que acabo de conocer y que juzga cada palabra que digo? Sí, me molesta.

—No te estoy juzgando, —dijo.

—¿No lo haces?

Micah me abrazó un poco más fuerte.

—Está bien, —dijo.

—No, —dije. —No lo está.

Miré a Richard. Durante un momento miré profundamente sus ojos marrones, pero no era algo sentimental, era una mirada pensativa. La mirada que das a alguien que conoces bien, o lo hiciste en su momento, como si te preguntaras qué demonios está haciendo con su vida.

Richard finalmente había avanzado con sus problemas, así que era bueno tenerlo de nuevo en nuestras vidas, y parte de mí preguntaba si Ellen era su nueva manera de negarse a sí mismo. Era una buena manera de establecerse y retirarse de la esclavitud y el sexo duro sin admitir que estaba en conflicto con ello. Si no supusiera un conflicto estaría encantada de que pudiera casarse y tener su soñada valla blanca. ¿Era posible que se estuviera mintiendo a sí mismo tan bien que no se diese cuenta de lo que estaba haciendo? Infiernos, sí. Yo lo había hecho durante años.

—No, —dijo ella. —Esa mirada, ¿cómo no sentirme amenazada cuando tenéis una conexión tan fuerte?

—No nos estábamos mirando amorosamente a los ojos, confía en mí respecto a eso —dije. Y me acurruqué contra Micah. Sólo quería dejarlo. Estaba harta de esta conversación.

—Entonces, ¿qué significa esa mirada?

Negué con la cabeza.

Richard respondió, —Anita se pregunta por qué quiero a alguien que se siente tan incómoda con una gran parte de mi vida, ¿no?

—Sí, —dije, y los miré a los dos.

—Es sólo sexo, no toda su vida, —dijo ella.

Miré a Richard directamente a los ojos, y levanté una ceja.

—¿Qué? —preguntó ella, — ¿Qué significa esa mirada que estáis intercambiando?

—Si crees que el sexo no es tan importante para ti, es tu elección, pero... —dejé la frase sin terminar.

— Pero, ¿qué? —preguntó ella. Miré a Richard.

—Sólo dilo, Anita, —contestó él.

Suspiré, Micah me apretó la mano.

—Pero, si piensas que el sexo no es importante para Richard... sería un error y no es cierto.

—No lo entiendo, —dijo.

Richard tomó su mano entre las suyas y la miró a los ojos.

—Te quiero, quiero pasar mi vida contigo y tener hijos contigo. Quiero ir a las reuniones de padres y a las reuniones de los *Boy Scouts*, y hacerlo todo contigo.

Ella envolvió sus manos con las suyas más pequeñas.

—Oh, Richard, yo también lo quiero, por supuesto.

—Pero para tener todo eso, y ser feliz, necesito ciertas cosas que

no quieres hacer.

—¿Por qué está mal que no quiera que me ates y me hagas daño?

—No está mal, —dijo, —pero tampoco está mal que yo lo quiera y necesite hacerlo con alguien.

—No lo entiendo, —dijo.

—Ya sé que no, cariño, ¿pero puedes aceptar que es cierto para mí?

—¿Me estás pidiendo que te permita tener sexo con Anita y luego volver a casa, a mí, como si todo fuera normal?

—Sí, eso es lo que estoy pidiendo.

—Bastardo egoísta, —dijo ella, y estaba llorando otra vez. Le tomó de las manos y esta vez la dejó hacerlo. Se puso de pie y le lanzó una mirada de ira y disgusto que debió haber sido como un cuchillo clavado en el corazón.

—¿Estás diciendo sinceramente, que si yo no digo que sí a todo ese sexo pervertido no te vas a casar conmigo?

Las mesas cercanas a nosotros empezaban a notar el espectáculo, y trataban de actuar como si no hubieran oído la frase, ¡oh!, tan provocativa.

Observamos el perfil de Richard. Tragó saliva con tanta fuerza que lo oímos, y luego dijo, —He trabajado muy duro para aceptar lo que soy realmente. Ellen, no puedo volver a la clandestinidad. No puedo volver a mentirme a mí mismo.

—Así que la estás eligiendo a ella sobre mí, —dijo Ellen.

—No, me estoy eligiendo a mí mismo, —dijo.

Apuntó su ira hacia mí.

—Debes ser increíble en la cama para que él tire todo por la borda. Supongo que no puedo competir con una puta de sangre peluda y golpeada.

Micah apretó su brazo alrededor de mis hombros, sujetándome en la silla, porque había empezado a ponerme de pie.

—No, —dijo él.

Tenía razón, porque si me levantaba no estaba segura de lo que haría, nada bueno. Richard se puso de pie.

—Eso que acabas de decir fue algo muy feo.

—Es la verdad, ¿no es así?

—Si ella es la puta de sangre de Jean-Claude, entonces yo

también, —dijo.

Ellie le miró fijamente; su rostro no parecía saber la expresión que quería tener, como si tantos pensamientos estuvieran persiguiéndola en su mente que no sabía qué hacer.

—No tienes sexo con él. Me dijiste que no tenías sexo con otros vampiros.

Él se inclinó y habló bajo, para que las otras personas de alrededor no pudieran escuchar. Algunas de las personas de las mesas más cercanas estaban intentando no quedarse mirando fijamente; otras estaban mirando abiertamente. Él se inclinó más cerca de ella, y dijo, —Solo porque no golpeen sus pollas el uno al otro no quiere decir que no sea sexo.

Ella le abofeteó, lo suficientemente fuerte para que resonara en el restaurante repentinamente en silencio. Ahora estaba mirando todo el mundo; era un espectáculo demasiado bueno para alejar la mirada. Richard no había hecho nada para protegerse, sólo la había permitido golpearle. Si un hombre hubiera hecho lo mismo a una mujer todo el mundo habría estado llamando a la policía.

Richard se levantó recto, apartó su rostro de su alcance.

—Te quiero Ellen.

—Te odio, Richard Zeeman, te odio por hacerme amarte, y por esto... —Ella gesticuló hacia mí y hacia Micah, aunque creo que sólo éramos la representación del problema.

Ella comenzó a sollozar, puso sus manos sobre su rostro y luego corrió hacia los arcos en la puerta de más allá. Honestamente, esperaba que Richard la siguiera, pero se quedó ahí de pie con su mejilla enrojecida por el tortazo. Ella ahora estaba fuera a la luz del sol, vacilando en la acera, mirando atrás. Siguió mirando atrás, y me di cuenta de que estaba esperando que él corriera detrás suyo. Cuando no apareció allí, ella se giró hacia la ventana. Richard no se dio la vuelta. Él no la vio en la acera. Él no la vio mirarle a través de las ventanas. Ellen había esperado que él la siguiera. Creo que ella sería vista corriendo como en una escalada, pero no a una meta, y si él hubiera ido detrás suyo, ella habría tenido razón. La mirada en su rostro cuando se dio cuenta de que él no la estaba siguiendo fue una de dolor crudo.

Micah me tocó el brazo, lo cual me hizo mirarle. Él me miró y conocía la mirada. Se suponía que tenía que hacer algo.

Dije, —Richard, si no la sigues...

—Está terminado, —dijo Richard.

—Sí, —dije.

—Lo sé, —dijo Richard.

Miré hacia su postura muy rígida, aún de espaldas y luego se giró hacia la ventana. Ella estaba mirándole, como si estuviera dispuesto a darse la vuelta, pero no lo hizo. Ella caminó fuera de su vista, con nuevas lágrimas corriendo por su rostro. Richard no la siguió.



LAUREL K. HAMILTON nació en 1963 en Heber Springs (Arkansas), creció en un pequeño pueblo de Indiana y reside en las proximidades de San Luis (Misuri). Entre sus primeras lecturas recuerda una recopilación de relatos de Robert E. Howard, y siempre ha sentido especial predilección por los géneros fantástico y terrorífico.

Después de llegar al género con la novela *Nightseer* y algunos libros para franquicias, saltó a la fama tras la publicación de las primeras entregas dedicadas al personaje de Anita Blake, serie que la ha convertido en habitual de las listas de éxitos, incluido el codiciado primer puesto del *New York Times*. Como complemento a las novelas de Anita, ha empezado a publicar otra serie dedicada a Meredith Gentry, detective privada y princesa feérica, también de ambientación contemporánea con elementos fantásticos. Ambas series comparten una imaginería sexual cada vez más notoria, y no rehuyen contenidos que tradicionalmente se consideran ofensivos.